

—hijo, ja. (*Del lat. filius*)

La condición de hijo viene dada por la existencia previa de un padre. No se es hijo sin padre, de la misma forma que no se es viudo sin mujer fallecida o ex dictador sin dictadura previa. Hay hijos sin hijos, hijos políticos, hijos desagradecidos, naturales, bastardos, no reconocidos, hijos de dios, hijos de papá, pródigos o sacrílegos. Pero todos ellos tienen padres. Por eso la primera pregunta que es necesario hacerse ante un colectivo de cineastas que se hace llamar así, Los Hijos, es: ¿de quién?

Primera pregunta, y primera respuesta paradójica. Los Hijos, colectivo de cineastas afincado en Madrid (España) y formado por Natalia Marín, Luis López Carrasco y Javier Fernández, parecen no ser hijos de nadie. Hijos sin padres, hijos huérfanos, o hijos que han querido matar a sus padres (cinematográficos). Dueños de una obra singular, inédita y radicalmente diferente a cualquier cosa jamás vista en el cine español, Los Hijos practican un cine que es a la vez pensamiento y cinefilia crítica, diálogo e irreverencia, subversión e independencia. Si sus padres cinematográficos son los tótems intocables del cine de autor español, de Víctor Erice a José Luis Guerín, pasando por Mercedes Álvarez y toda la nueva escuela de cine procedente de Barcelona, el diálogo que Los Hijos establecen con ellos es iconoclasta, cuando no irreverente, pero siempre meditado, claro y crítico. Pocas películas como *Los materiales* (Premio Jean Vigo en el Festival Punto de Vista, 2010 y Mención Especial en el FIDMarseille, 2010) dejan ver de manera tan clara el proceso de pensamiento que la recorre, el hilo, no argumental sino intelectual, que bucea bajo las imágenes, la reflexión gamberra, pero no por ello menos inteligente, que plantean sobre un modelo de documental en particular, y sobre el cine en general. Frente a cineastas españoles que se sitúan a los pies de la tradición, desde la posición del cinéfilo más servil, Los Hijos practican una cinefilia contemporánea, casi un mash-up audiovisual, en el que las citas no son reliquias sino pies para una escritura nueva que tiene lo no-narrativo como base de partida, y no de llegada, y el humor y la ironía como sendas a explorar.

Las películas de Los Hijos parecen marcar el fin del cine tal y como lo conocemos, o por lo menos de la “prehistoria del cine”, en palabras del crítico argentino Quintín, y el comienzo de una nueva fase de su historia. El desmantelamiento, concienzudo y constante del cine lo llevan a la raíz: al cuestionamiento radical de los sistemas de trabajo. Los Hijos comparten por igual las tareas de sonido e imagen y practican un sistema de edición que, casi como un cadáver exquisito digital en el que el proyecto pasa de mano en mano, termina por anular cualquier filia o fobia personal en favor de un no-autor colectivo. Su mayor fuerza, la independencia, es también su mayor debilidad: no viven en la periferia del cine de autor, sino en una realidad paralela que no piensa en subvenciones, ayudas o becas, y la radicalidad de su cine es inseparable de la radicalidad de su forma de trabajar.

La novedad que han aportado Los Hijos al panorama cinematográfico no es sólo un sistema de trabajo novedoso, en el que desaparece el concepto de autor, además de una breve pero sólida obra en constante expansión, sino una constante búsqueda formal, estética e intelectual que incluye, en la misma categoría que los largometrajes, una nutrida producción de piezas cortas que distribuyen a través de su canal de Vimeo (<http://vimeo.com/channels/loshijos>). El aspecto lúdico al que alude el título de su programación en internet, *Los hijos playground*, no esconde algunas de las fuerzas motoras que mueven su cine: el desconcierto además del juego, la paradoja, la experimentación, el manejo descontextualizado de referentes y el diálogo siempre crítico con otras imágenes, suyas o ajenas. Los hijos o imágenes huérfanas en busca de padres futuros.

Gonzalo de Pedro Amatria